

"Fe y Justicia"

(C.G. 32; Decreto 4, 1974-75)

INTRODUCCIÓN

En el presente texto presentaremos lo fundamental del Decreto 4 de la CG 32, 1974-1975. Nuestra intención es, casi cuarenta años después, ayudar a comprender su necesidad, significado y relevancia para hoy.

1. Una decisión fundamental en la historia de la Compañía

La Congregación General 32 ha sido la más importante en la historia moderna de la Compañía. En ella los jesuitas se preguntaron con honradez, sin encubrir problemas y fallos, pero también con ilusión, "qué significa hoy ser compañero de Jesús". La respuesta fue:

"Reconocer que uno es pecador y, sin embargo, llamado a ser compañero de Jesús [...] Comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige". [Desde ahora, lo citaremos como "fe y justicia"].

Así comienza el Decreto 2, "Jesuitas hoy", que fue aprobado como una declaración sobre "la identidad de los jesuitas". A ella se llegó tras casi dos años de búsqueda y reflexión. Leídas hoy, estas palabras se imponen por su vigor, y siguen siendo un cuestionamiento y una oferta a vivir y trabajar con dignidad en la Compañía. En mi opinión son las palabras más radicales que hemos pronunciado los jesuitas desde la fundación de la Compañía en 1540. A ello la CG 32 dedicó un largo decreto. Es el famoso "Decreto 4" que pasamos a presentar a continuación.

2. Reflexiones previas para comprender el Decreto 4

Nos concentraremos en mostrar su contenido central, su utilidad y necesidad. Pero empezamos recordando algunas actitudes previas que fueron fundamentales para redactarlo y que hoy deben ser recreadas para comprenderlo. Éstas nos parecen ser la *honradez* en el reconocimiento del propio pecado, la apertura a la *interpelación* de lo desconocido, el *discernimiento* ante la soberana voluntad de Dios, la *audacia* de recorrer caminos nuevos -todo ello simbolizado en el P. Arrupe- y la disponibilidad a *verificar* si cumplimos o no con lo que nos pide el decreto.

2.1. *En el origen está una decisión audaz del Padre Arrupe.* Elegido general en 1965 en la CG 31, pronto vio que era muy necesaria una nueva congregación para completar el proceso comenzado. La conveniencia de convocar la CG 32, sin embargo, no era evidente. El 4 de octubre de 1970 la Congregación de procuradores se había mostrado contraria a la convocatoria, con 91 votos en contra y nueve a favor, pues no pensaban que era el momento oportuno. Pero pocos días después, el 25 de octubre, a pesar del voto en contra, en una carta abierta a toda la Compañía, además de comunicar el resultado de la votación, Arrupe anunciaba como decisión suya propia la convocatoria de la CG 32. Y añadió que era "la decisión más importante de todo su generalato".

A mi modo de ver, no le faltaba razón. Fue una decisión valiente y profética, pues parte importante de la Iglesia institucional y de la misma Compañía de Jesús no era favorable a afrontar la novedad radical que preveía el P. Arrupe. Pero fue una decisión clarividente. Causó un *vuelco* en la Compañía no sólo una *renovación o reforma*. Y Arrupe lo promovió desde la periferia, el mundo de los pobres y víctimas al que tuvo acceso en viajes y contactos. No desde el centro, aunque viviese en Roma.

Por último, dada la hondura espiritual del P. Arrupe, fue una decisión en soledad ante Dios. Años después, en medio de muy graves problemas, en que incluso la identidad y existencia de la Compañía fueron puestas en entredicho por altas jerarquías eclesíásticas -en buena parte por la lucha por la justicia, especialmente en Centroamérica- dijo estas palabras, que han quedado como testamento: "Tan cerca de nosotros no había estado el Señor, aca-

so nunca; ya que nunca habíamos estado tan inseguros". De esa hondura teologal vivía el vuelco que supuso "la fe y justicia".

2.2. *La respuesta a una interpelación personal e institucional.* Con "fe y justicia" los jesuitas quisieron responder a la "interpelación de nuestro tiempo", interpelación que aparecía de dos formas: la *increencia* (el *desentenderse de Dios*, lo que entre nosotros en el tercer mundo se tradujo sobre todo, ampliando el concepto, en la *idolatría*) y la *injusticia*. Al fijarse en ambos temas, la CG 32 trató de captar la realidad del mundo. Era necesario para mejor llevar a cabo el trabajo apostólico: predicación, educación, trabajo intelectual, misiones populares, dirección espiritual... Pero en lo que queremos insistir es en que eran realidades que interpelaban a los jesuitas, y no sólo como jesuitas, sino como cristianos y seres humanos. Preocupó e interpeló el aumento de la *increencia*, pero creo que lo que más conmocionó fue abrir los ojos y ver la realidad de la *injusticia* masiva, cruel y duradera (ver 4, 18), producto de estructuras y resultado de la actuación de personas, también creyentes -algunas de ellas formadas por los jesuitas. Veámoslo en un solo texto:

"Millones de ellos [seres humanos], que tienen nombre y rostro, sufren pobreza y hambre, el desigual e injusto reparto de los bienes y recursos, las consecuencias de la discriminación social, racial y política. En todas partes la vida del hombre y su cualidad propia se ven cada día amenazadas. A pesar de las posibilidades abiertas por la técnica, se hace más claro que el hombre no está dispuesto a pagar el precio de una sociedad más justa y más humana" (4, 20)

Para los jesuitas en la CG 32, como antes en Medellín en 1968, había irrumpido la realidad de un mundo injusto de pobres y víctimas. Y se escuchó la pregunta fundamental de Dios: "¿qué has hecho de tu hermano?". Según un más y un menos, los jesuitas quedaron sacudidos por la realidad de la injusticia y su carácter interpelante. Y junto a la increencia, se describió otro falseamiento más radical de la relación del ser humano con Dios: la idolatría, como culto a divinidades de muerte, estructuras sobre todo, que generan los males históricos antes descritos.

3. *La respuesta, con honradez, a la interpelación.* Hubo que empezar reconociendo que los jesuitas no habíamos actuado siempre correctamente ante la increencia y, sobre todo, ante la injusticia. Las palabras ya mencionadas: “reconocer que somos pecadores”, incluso partícipes en la injusticia -y en el alejamiento de Dios- no eran rutina piadosa. Después de mencionar los problemas de increencia e injusticia, afirmaron: “Nosotros mismos tenemos parte en la ceguera y en la injusticia que acabamos de descubrir, y tenemos necesidad de ser evangelizados, de encontrarnos con Cristo, que actúa hoy con la potencia de su Espíritu” (4, 23).

Hubo que hacer seriamente examen de conciencia. En palabras de los dos Ignacios, de Loyola y Ellacuría, hubo que preguntarse: “¿qué hemos hecho para que el Hijo de Dios y para que estos pueblos estén crucificados?” (cfr. 2, 3). Fue necesario, pues, examinarse, pedir perdón y convertirse. Dejarse interpelar y no olvidar nunca a las víctimas, como pidió Monseñor Romero poco antes de su asesinato: “no se olviden que somos hombres y que aquí están muriendo, huyendo, refugiándose en las montañas”.

Mirando al mundo de injusticia y a estos hermanos sufrientes hubo que hacer una decisión fundamental. En palabras de San Ignacio, “hacer redención”, en palabras de Ignacio Ellacuría “bajar de la cruz a los pueblos crucificados”. Es la opción fundamental, que la CG 32 comprende como “lucha”. Lo dijo solemnemente: “[La Compañía] elige la participación en esa lucha [por la fe y la justicia] como el punto focal que identifica en la actualidad lo que los jesuitas hacen y son “ (2, 3).

4. *Discernir y verificar.* Hablar de “lucha” era novedoso. Y también lo era en qué consistía y con qué “armas” había que luchar. Por lo que toca a esto último, los jesuitas tuvieron que aprender a hacer análisis estructurales, introducirse en prácticas históricas y sociales, usar positiva y críticamente el marxismo, y muchas otras cosas. También tuvieron que repensar la teología, y aunque el término no es lo importante, en la línea de una teología de la liberación.

Tenían que pensar, pues, muy bien las cosas. Y como eran novedosas, en ese contexto se hizo necesario el *discernimiento*, que estaba siendo redescubierto en aquellos años. “Discernir” suponía pensar y rezar, ciertamente, lo que ya se había hecho

tradicionalmente en la Compañía, pero significaba sobre todo estar activamente abiertos a la soberana e indeducible voluntad de Dios que podía presentarse en la historia como absolutamente novedosa. Era lo que ocurría con la “fe y justicia”. Y como éstas deben estar presentes en la misión de la Compañía como tal y en todos los apostolados, era necesario un discernimiento *comunitario y universal*, lo cual era más novedoso todavía.

Este discernimiento es lógicamente *previo* a la misión, y en ello insistió la CG 32. Pero además -aunque implícitamente- añadió algo de suma importancia: hay que *verificar -después-* si la Compañía ha cumplido la misión de la lucha crucial por la fe y la justicia. Y audazmente mencionó el criterio fundamental para verificarlo:

“No trabajaremos en la promoción de la justicia sin que paguemos un precio. Pero este trabajo hará más significativo nuestro anuncio del Evangelio y más fácil su acogida” (Decreto 4, n. 46).

Hasta el día de hoy, éstas son las palabras más radicales y las que mejor nos introducen, *mystagómicamente*, pero también conceptualmente, en la lucha por la “fe y la justicia”. El “precio a pagar” es el criterio para verificar si ha habido lucha a favor de la justicia o no. Cuando se paga el precio, se verifica en lenguaje de san Ignacio que los jesuitas han elegido la bandera de la pobreza, con “oprobios y menosprecios”. Verifica sobre todo que han seguido a Jesús, muerto en cruz por haber desenmascarado la injusticia y haber defendido a las víctimas.

El martirio de jesuitas es la máxima verificación de si la Compañía ha cumplido el Decreto 4. Siete días después del asesinato del Padre Rutilio Grande, el 12 de marzo de 1977, poco tiempo después de la CG 32, el Padre Arrupe escribió una carta a toda la Compañía. Hablaba de los jesuitas que necesita el mundo de hoy: “Hombres que sepan identificarse con los que sufren y vivir con ellos hasta dar la vida en su ayuda. Hombres valientes que sepan defender los derechos humanos hasta el sacrificio de su vida, si fuera necesario”. Desde 1975, 48 jesuitas han muerto asesinados por la “fe y justicia”. Es la verificación de que, en buena parte, la Compañía ha cumplido el decreto 4. Y a la inversa, si los jesuitas no sufren persecución por parte de los injustos no cumplen el Decreto 4.

Otro criterio de verificación consiste en lo siguiente: si cambian o no las amistades, los bienhechores, los que han estado cercanos a la Compañía. Dicho en forma de tesis, si las víctimas nos tienen por amigos y los victimarios por enemigos, la Compañía ha cumplido con “la fe y justicia”. Y a la inversa.

Sólo un ejemplo. La opción por la fe y la justicia le causó al Padre Arrupe muchos ataques y distanciamientos. Alianzas de siglos fueron puestas en cuestión. En vísperas de la CG 32, en 1973, se hizo famosa una conferencia suya a los antiguos alumnos de la Compañía de Jesús en Valencia, España:

“Nosotros, jesuitas, ¿os hemos educado para la justicia? Si al término ‘justicia’ y a la expresión ‘educar para la justicia’ le damos toda la profundidad de que hoy la ha dotado la Iglesia, creo que tenemos que responder con toda humildad que los jesuitas no os hemos educado para la justicia tal como Dios la exige de nosotros, y creo puedo pedirlos también a vosotros la humildad de responder igualmente que no, que no estáis educados para la justicia y que tenéis que completar la formación recibida”.

Son palabras mayores. El Padre Arrupe no concluyó ahí, sino que animó a llenar esos vacíos y a que los colegios de los jesuitas respondiesen a las exigencias de la justicia. Y sus palabras causaron conmoción. El presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos presentó la dimisión. Los que habían sido “cercaños” se distanciaron. Era una verificación de que había habido “lucha por la justicia”.

3. El Decreto 4

3.1. La misión: globalizante y dialéctica

Con “la fe y justicia” la CG 32 presenta un enfoque *globalizante* de la misión. Todo lo demás: vida de comunidad, votos, espiritualidad, encuentra su lugar en esa globalidad. Y es también un enfoque *dialéctico*, pues la fe y la justicia se deben propiciar en medio de y en contra de la increencia [e idolatría] y en medio de y en contra de la injusticia. Se trata, pues, de “servir a la fe y promover la justicia”, pero no en un mundo neutro. Y se trata de qué

hacer contra la increencia y la injusticia. Esa es la razón de que la misión sea comprendida como "lucha".

Lucha contra la increencia [y la idolatría]. Por lo que toca al servicio de la fe, ofrecemos a continuación un breve resumen de lo que el decreto afirma novedosa, dialéctica y conflictivamente.

Se dice que debemos evaluar nuestros esfuerzos por ponernos en contacto verdaderamente con los no creyentes (4, 52), lo que en los países del primer mundo significaba superar un cierto escándalo: acercarse a la increencia. La fe, a la que se va a servir, no es ya lo evidente, cultural y socialmente. Es más bien una victoria. La misión debe "luchar" contra un mundo de apatía, a veces de desprecio e incluso de críticas globalizantes -en la cultura, el arte, la filosofía- contra la fe. En los antiguos países comunistas había que luchar también contra ataques y persecuciones. Lo importante es que el anuncio de la fe no es ya cosa inocente.

Y esa "lucha" contra la increencia puede ocurrir también dentro de la misma persona del jesuita. La increencia de afuera puede afectarle en su fe. El decreto 4 insiste, sin embargo, en que, aún con ese problema y peligro, el jesuita tiene que estar cercano al mundo de increencia. Lejos de alabar, critica el aislamiento, la falta de "contacto real con la increencia" (4, 35), pide a los jesuitas estar dispuestos a ser testigos del Evangelio "en situaciones difíciles en que nuestra esperanza será expuesta a la prueba de la increencia" (*ibid*). La "lucha" consiste en mostrar la relevancia de Dios en el mundo de increencia.

En los países del tercer mundo la situación era -y es- por lo general, distinta. En lugar de la "increencia" lo que se nota con mayor fuerza es la "idolatría". Lo contrario de Dios no es meramente la *ausencia de Dios*, o su irrelevancia, sino la *presencia de ídolos*, realidades históricas existentes, absolutizadas, que por esencia exigen víctimas para subsistir. Monseñor Romero, con ayuda del padre Ellacuría, mencionó como idolatrías la absolutización del *capital* y la de la *doctrina de la seguridad nacional*, y también criticó la absolutización de las *organizaciones populares*, aunque veía en ellas algo bueno, justo y necesario en principio. La "lucha" es dar testimonio de que Dios es Dios de vida y luchar contra la divinización de estructuras que dan muerte.

Lucha contra la injusticia. Aquí, la dimensión de “lucha” es evidente. En primer lugar, no se trata simplemente de promocionar algo bueno, sino de algo más profundo. En la justicia “está en juego el sentido mismo del hombre, de su futuro y de su destino” (4, 21). Y la dimensión de lucha es evidente, pues la justicia se practica *en medio de y contra* la injusticia, en un mundo dominado por “muchas y graves injusticias” (2, 6), dividido por la injusticia no sólo de las personas, sino de las estructuras (4, 6). Y la maldad de la injusticia se añade la desvergüenza y la crueldad: “el hombre puede hoy día hacer el mundo más justo, pero no lo quiere de verdad” (4, 27).

Esa actitud del “contra” debe estar también presente dentro de la misma Compañía. En ella existe la inercia del jesuita individual que propende a ignorar la injusticia (4, 35) o a considerar idealistamente la promoción de la justicia sin luchar contra la injusticia, rehuendo pagar el precio. Positivamente se nos anima a “hacer frente a los riesgos apostólicos necesarios” (4, 67).

En resumen, la opción fundamental de la misión, debe ser comprendida positivamente desde lo que es fe y justicia, pero debe ser entendida también dialécticamente a partir de lo que se quiere negar, luchando contra ello y sufriendo las consecuencias que de ahí se derivan.

Esta primera reflexión nos parece de suma importancia y ofrece un primer criterio de verificación según la misión se lleve a cabo *en* el mundo de la increencia -e idolatría- y de la injusticia, o no, y *en contra* de justo, ese mundo. Y como ocurre siempre, la dimensión dialéctica de la misión *en contra* de algo ayuda a comprender positivamente lo que significa el servicio de la fe y la promoción de la justicia.

3.2 La unificación de fe y justicia.

Con “fe” y “justicia” se mencionan dos realidades fundamentales. Que lo es la fe, es evidente. La novedad consiste en otorgar esa misma fundamentalidad a la justicia como realidad -y concepto-clave en el cristianismo. Ambas son también, por su esencia, realidades *últimas* y no totalmente realizables en la historia, razón por la cual la CG habla del “camino hacia la fe y hacia la justicia” (2, 8).

En lo que queremos insistir es en que ambas cosas se presentan formando una unidad. En ella cabe todo lo demás, espiri-

tualidad, votos, vida comunitaria, formación... Y ambas cosas están en mutua relación. Los textos no lo explican sistemáticamente, pero exigen pensarlas como inseparables y permiten pensarlas unificadamente en relación.

Dada la novedad que significaba introducir la lucha por la justicia en lo central de la misión, la CG 32 la pone en relación esencial con la fe. Así insiste en que esa lucha es exigida por la misma fe (2, 2), constituye una exigencia absoluta del servicio de la fe (4, 2). Afirma que “la promoción de la justicia aparece como parte integrante del servicio presbiteral de la fe” (4, 8) y “de la evangelización” (4, 30). Y recuerda la sentencia paulina según la cual la fe es origen de la *justicia* [*amor* en Pablo], pero ésta es instrumento necesario de aquélla: “la fe hace sentir su poder a través del amor” [Gál 5, 6] (2, 8). Con esta cita quiere mostrar que “fe y justicia son inseparables en el evangelio”.

Si se pregunta qué tiene prioridad formal, según la CG 32, en la totalidad “fe y justicia”, la respuesta lógica es: “la fe”. Pero la justicia es vista como parte integrante de la fe, y aunque se mantenga la discusión teórica sobre cómo hay que entender el término “integrante” pensamos que es equivalente a “esencial”. En cualquier caso, la fe desencadena y exige la promoción de la justicia.

Pero siendo esto verdad, dada la absoluta novedad y el cambio radical que supone repensar así la totalidad, al nivel existencial históricamente el peso recae sobre “la justicia”. A la hora de la verdad, la CG 32 viene a decir lapidariamente que “no hay fe sin justicia” -lo cual no ha sido ni es nada evidente. Para comprender la importancia -y la sorpresa- de introducir “la justicia” en lo fundamental de la misión, quizás ayude recordar cómo responde Jesús a la pregunta de cuál es el mandamiento principal. Dice: “amarás a Dios con todas tus fuerzas”. Pero continúa diciendo que hay un segundo mandamiento: amarás al prójimo, y añade, sin que nadie le pregunte, que éste es *semejante* al primero (Mt 23, 36-39). Dios y prójimo, así como fe y justicia, son cosas distintas. Pero están relacionadas. Y no accidental, sino esencialmente. También valdrían aquí las palabras de Jesús: “Lo que Dios ha unido -*fe y justicia*- no lo separe el hombre”.

En el Decreto la fe y la justicia son indivisibles e inseparables (4, 28. 51). Se dice también que la obra de la evangelización

está estrechamente ligada a la transformación de estructuras sociales (4, 40). Negativamente, se dice que uno de los mayores obstáculos para creer en Dios hoy es el predominio de la injusticia (2, 7), y, correlativamente, que existen ciertas imágenes de Dios que “consagran y legitiman las estructuras injustas” (4, 26a).

Lo más importante es que la CG 32 consagra y pone juntas dos realidades y conceptos claves en el cristianismo: “fe” y “justicia”. Lo primero era evidente. Lo segundo supuso -y sigue suponiendo- una gran novedad. La CG 32 elige conscientemente la “justicia” como realidad fundamental sin la cual no se puede entender ni vivir la fe cristiana.

3.3 Fundamentación teológica

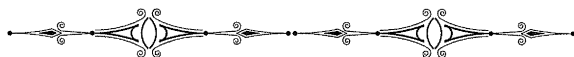
Una congregación general no es un foro de teología, pero la CG 32, ante la novedad que proponía, evidentemente tenía que dar razón de la incorporación de la justicia en la misión esencial de la Compañía. En el Decreto 4 aparecen concreciones y matices que actualizan tesis ya aceptadas en la tradición. Pero lo fundamental consiste en cómo fundamentar la ultimidad de la justicia.

El modo de elevar la “justicia” a categoría teológica última es considerarla en relación con “el amor”, en definitiva como una forma del amor. Y se recuerda que, evidentemente, el amor es una categoría evangélica fundamental. Se recuerda en un lugar central que Dios es amor (2, 7), y en otra expresión tradicional, que es “Padre” (4, 28). Del hombre -y mujer- se dice que es “imagen de Dios” (4, 29). Desde ahí se formula el ideal del hombre nuevo que es en definitiva el que se relaciona correctamente con los demás. Es un hombre libre de egoísmo, en el que resplandece la perfecta justicia del Evangelio” (4, 18), “convertido” a Dios y al prójimo (4, 28). Y se insiste, recordándola, la unidad del mandamiento del amor a Dios y del amor al prójimo (4, 18. 28. 31).

Esto es obvio en la tradición cristiana. La novedad de la CG 32 consiste en poner el “amor” en relación con “la justicia” (2, 7; 4, 27. 28), y con realidades afines a ésta: hay que predicar “una liberación integral” (4, 18), hay que reformular la escatología a partir de la “nueva tierra” (4, 30) -aun cuando se mantiene obviamente que esa escatología se plenifica en el futuro absoluto (4, 30)-, y esa esperanza de la nueva tierra hay que fomentarla también ahora (4, 33). Visto desde nuestra perspectiva latinoamericana la CG

32 recoge las intuiciones fundamentales de Medellín y de la teología de la liberación. La fe es también praxis, “actúa en el amor” (Gal 5, 6; Efes 4, 15) (4, 28). Y ese amor queda configurado como “justicia”, título del primer capítulo de Medellín.

En resumen, la misión fundamental de la Compañía es el servicio de la fe y la promoción de la justicia, en lo que lo más novedoso consiste en haber elevado “la justicia” a concepto clave para la vida cristiana actual. Tanto la fe como la justicia son vistas dialécticamente en presencia de y en contra de la increencia [la idolatría] y la injusticia. “Fe y justicia” se relacionan mutuamente y son inseparables. Para un jesuita la primacía *lógica* reside en la fe, que actúa en el amor y -en nuestro tiempo- en la justicia. La primacía *existencial* -lo formulamos así por su dificultad de llevarlo a cabo, dado de dónde venimos y cómo está el mundo, y manteniendo el origen último de todo en la fe-, reside en la justicia. Vivir esa opción nos hace jesuitas, cristianos y humanos.



Anexo. El Decreto 4 en la historia de la Provincia Centroamericana

En la Provincia centroamericana la “fe y justicia” se puso en práctica antes de la CG 32. Vamos a recordar brevemente lo fundamental, porque ayuda a comprender, con la modestia del caso, el origen de la historia moderna de la provincia, incluidos los mártires. Por lo que toca al presente escrito, ofrece el contexto histórico y vital para comprender la CG 32 y lo que estaba en juego en el Decreto 4. Pienso que para los jesuitas de hoy, amigos y colaboradores, es importante ser conscientes de dónde venimos. “Las cosas han cambiado”, se suele repetir. Pero en nada ha disminuido la necesidad del Decreto 4, ni pienso que se haya encontrado todavía algo mejor para la misión. Indudablemente debe ser enriquecido y complementado, como lo han hecho las CG 33, 34 y 35.

1. En 1969 todos los jesuitas de Centroamérica hicieron Ejercicios Espirituales como Provincia (que entonces era Vice-provincia). Por la mañana el Padre Miguel Elizondo exponía las meditaciones de san Ignacio. Y por la tarde el Padre Ignacio Ellacuría las historizaba desde lo que después se llamaría “fe y justicia”. La provincia entera se preguntó por sus pecados como provincia, y cuál debía

ser su conversión. Entre los jesuitas aparecieron divisiones, comprensiblemente, que después generaron conflictos, algunos de ellos graves. Hubo también una ruptura en la comprensión y práctica de la formación de los jóvenes. Y lo que queremos destacar es que un grupo importante de jesuitas comenzó a orientarse realmente, con decisión y creatividad, según “la fe y justicia”. Veámoslo brevemente.

En Panamá la comunidad Loyola fundó la revista *Diálogo social* y el CEASPA; el problema de fondo era el futuro del canal, un problema fundamental de justicia; hubo algunos conflictos con la jerarquía. En Nicaragua un grupo de jesuitas se enfrentó a la dictadura somocista y apoyó a los estudiantes revolucionarios de la UCA. En Guatemala en la zona 5 se estableció el CIAS, Centro de Investigación y Acción Social, con repercusiones en el mundo indígena. En 1974 denunció el fraude, lo cual llevó a que intentasen asesinar a algunos jesuitas.

Permítaseme que me detenga un poco más en El Salvador. En 1972 los jesuitas tuvieron que abandonar la dirección del seminario por poner a producir las novedades de Medellín, y enfrentarse a buena parte de la jerarquía eclesiástica. En 1973 el Colegio Externado San José fue encausado oficialmente por el gobierno de la república por “enseñar marxismo” y “poner a los hijos en contra de sus padres”. Algunos jesuitas no salvadoreños fueron amenazados con expulsión del país. En 1972 Rutilio Grande, con otros tres jesuitas, en Aguilares, zona campesina, denunció a los opresores, “hermanos caínes” los llamaba, y defendió a los campesinos. Contra la UCA ya en 1971 comenzaron ataques fuertes y burdos: había denunciado el fraude electoral del 72, la opresión de la oligarquía y del ejército, y la estructura injusta del país, todo ello universitariamente, con estudios bien fundamentados sobre el tema. En 1976 explotó la primera de veinticinco bombas en el campus.

En resumen, antes del Decreto 4 de 1975 la “fe y justicia” ya había comenzado en Centroamérica. Y con ello, también los conflictos con oligarcas y poderosos y la tensión con la jerarquía local -que muy pronto llegó a ser tensión con las curias de Roma. También surgieron graves conflictos internos, y con la curia general de Roma, no adecuadamente informada de lo que sucedía en la entonces Viceprovincia.

2. En 1976 el Padre Arrupe nos visitó en Guatemala, y se superó de forma admirable la tensión mencionada. Elevó Centroamérica a Provincia. Y lo más importante es que nos animó a seguir el camino emprendido. La lucha por la “fe y la justicia” se hizo central en la provincia. Por lo que toca a la fe se trabajó en pastoral de inserción con campesinos e indígenas, y en una teología seria, en la línea de la liberación. Por lo que toca a la justicia hubo serios esfuerzos por proponer modelos de una sociedad justa, en las universidades de Nicaragua y San Salvador, de abrir los colegios a una educación liberadora y las parroquias con una pastoral liberadora.

Los conflictos fueron muy grandes. En 1977 Rutilio Grande fue asesinado, y dos meses después sus tres compañeros jesuitas fueron expulsados del país. En Guatemala en 1981 fue capturado y desaparecido el Padre Carlos Pérez. En San Salvador cinco jesuitas de la UCA y uno de Fe y Alegría fueron asesinados en 1989. Los conflictos con las jerarquías locales y con el Vaticano han sido muy serios.

Con el asesinato del Padre Grande las tensiones en la provincia, y ciertamente en El Salvador, prácticamente desaparecieron, y las relaciones con el Padre Arrupe fueron entrañables. Durante varios años, hasta la mitad de los noventa, hubo un incremento de vocaciones muy notable, aunque también hubo salidas de la Compañía de un grupo de estudiantes que decidieron militar en movimientos populares y revolucionarios.

Esta brevísima historia puede servir para comprender qué es lo que estaba en juego en la “fe y justicia” en la Compañía de Jesús de Centroamérica. Hoy, algunas cosas han cambiado, pero otras no. La injusticia y la idolatría permanecen. Con razón la CG 35, enero-febrero 2008, sigue poniendo como fundamento último de nuestra misión la lucha por la “fe y justicia”. Hay que atender las nuevas formas en que se presentan ambas cosas, pero el Decreto 4 puede -y debe- seguir siendo el principio y fundamento de nuestra misión. La historia narrada ayuda a comprenderlo. Y esperamos que anime a seguir poniéndolo en práctica, cosa nada fácil. Dicho con sencillez, pienso que de esa forma la Compañía se ha parecido más a Jesús de Nazaret.

Jon Sobrino, SJ.
El Salvador

DECRETO

Introducción y sumario

1. Desde todas las regiones, los jesuitas han presentado numerosas peticiones a la Congregación General XXXII urgiedo que se tomen opciones claras y orientaciones precisas acerca de nuestra misión en el mundo actual. La Congregación General XXXII responde aquí a estas peticiones.

2. Dicho brevemente: la misión de la Compañía de Jesús hoy es el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta, en cuanto forma parte de la reconciliación de los hombres exigida por la reconciliación de ellos mismos con Dios.

3. Ciertamente ésta ha sido siempre, bajo modalidades diversas, la misión de la Compañía¹: esta misión adquiere empero un sentido nuevo y una urgencia especial, en razón de las necesidades y las aspiraciones de los hombres de nuestro tiempo, y, bajo esta luz, queremos considerarla con una mirada nueva. Nos encontramos efectivamente en presencia de toda una serie de nuevos desafíos.

4. Por primera vez hay hoy sobre la tierra un total de más de dos mil millones de hombres y mujeres que no conocen al Padre ni a Aquel que Él envió, su Hijo, Jesucristo², aunque tienen una sed ardiente de este Dios al que adoran en el secreto de su corazón, sin conocerle explícitamente.

5. Al mismo tiempo, buen número de nuestros contemporáneos, fascinados, incluso dominados, por los poderes de la razón humana, pierden el sentido de Dios, bien echando en olvido o bien rechazando el misterio del sentido último del hombre.

6. Además, nuestro mundo, caracterizado por una interdependencia creciente, está, sin embargo, dividido por la injusticia no sólo de las personas, sino encarnada también en las instituciones

¹ Cfr. Formula Instituti S. I., aprobadas por los Pontífices Paulo III y Julio III, especialmente núm. 1.

² Cfr. E.E. núm. 102.

y las estructuras socio-económicas, que dominan la vida de las naciones y de la comunidad internacional.

7. Nuestra respuesta a estas nuevas urgencias no será válida si no es total, común, enraizada en la fe y en la experiencia multiforme:

- *Total*: debemos apoyarnos en una oración ferviente; actuar en la certeza de que sólo Dios puede convertir el corazón del hombre, y, simultáneamente, dedicar todo lo que somos tenemos: nuestras personas, nuestras comunidades, nuestras instituciones, nuestros apostolados, nuestros recursos.

- *Común*: cada uno colaborará a la misión del conjunto, según sus aptitudes y sus funciones, viviendo el cuerpo entero de la concertación de estos esfuerzos, bajo la dirección del Sucesor de Pedro, responsable de la Iglesia Universal a la cabeza de todos aquellos a los que el Espíritu ha establecido como pastores de las Iglesias³.

- *Enraizada en la fe tanto como en la experiencia*: esta nos enseñará cómo responder mejor a las nuevas necesidades nacidas de nuevas situaciones.

- *Multiforme*: siendo diferentes las situaciones en unas y otras partes del mundo, nos es preciso desarrollar nuestras capacidades de adaptación para actuar con la flexibilidad requerida, teniendo siempre ante los ojos el objetivo único y constante del servicio de la fe y de la promoción de la justicia.

8. Si el mundo nos sitúa ante nuevos desafíos pone también a nuestra disposición nuevos instrumentos: medios más adecuados, sea para conocer al hombre, la naturaleza, la sociedad, sea para comunicar pensamientos, imágenes y sentimientos, y para hacer nuestra acción más eficaz. Hemos de aprender a servirnos de ellos en favor de la evangelización y del desarrollo del hombre.

9. Deriva de ello la necesidad de una reevaluación de nuestros métodos apostólicos tradicionales de nuestras actitudes, de nuestras instituciones, a fin de adaptarlas a las nuevas exigencias de nuestra época y más ampliamente, de un mundo en rápido cambio.

³ Cfr. Vat. II: Constitución "Lumen Gentium", núm. 22.

10. Esto exige discernimiento: el discernimiento espiritual que San Ignacio nos enseña en la experiencia de los *Ejercicios*. Hemos de aplicarlo, igualmente, para conocer más profundamente movimientos, aspiraciones y combates que agitan a nuestros contemporáneos: cuanto conmueve el corazón de la Humanidad.

11. Nuestra misión hoy es, pues, predicar y hacer conocer a Cristo de tal manera que todos puedan reconocer a Aquel que, desde el origen del mundo ha querido hacerse presente entre los hijos de los hombres y se ha complacido en trabajar en su historia (cfr., Prov 8, 22-31; Col 1,15-20).

12. En el cumplimiento de esta misión debemos persuadirnos más que nunca que «los medios que juntan el instrumento con Dios y le disponen para que se rija bien de su divina mano, son más eficaces que los que le disponen para con los hombres» (Const. 813) .

1. Nuestra misión: ayer y hoy

El carisma de la Compañía.

13. La misión que hemos sido llamados a compartir es la de la Iglesia misma; revelar a los hombres el amor de Dios Nuestro Padre, amor que se hace promesa de vida eterna. De la mirada con que Dios mira al mundo surge la misión de Jesús, venido para servir y dar su vida en rescate por muchos (cfr., Mat 20,38). De la misión de Jesús nace a su vez la común misión de los cristianos, miembros de la Iglesia enviada a los hombres para revelarles la salvación y para trabajar en el florecimiento de la «vida en abundancia» (cfr., Jn 10, 10; Mt 9,36; 10,1-42 y Jn 6).

14. Ignacio y los otros primeros compañeros quisieron, en la experiencia espiritual de los *Ejercicios*, mirar atentamente al mundo de su tiempo para descubrir sus interpelaciones. Contemplaban detenidamente cómo «las tres personas divinas miraban toda la planicie o redondez de todo el mundo llena de hombres» y decidían «que la segunda Persona se haga hombre para salvar el género humano». Y, con Dios, se quedaban considerando ellos mismos a los hombres de su tiempo «en tanta diversidad, así en trajes como en gestos, unos blancos y otros negros; unos en paz

y otros en guerra; unos llorando y otros riendo; unos sanos y otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo, etcétera⁴». Buscaban así cómo podrían, en respuesta a la llamada de Cristo Señor, trabajar en la instauración de su Reino⁵.

15. Unidos en una misma visión de fe, fortificados por la misma esperanza y arraigados en un mismo amor de Cristo, del que querían ser compañeros, Ignacio y su primer equipo apostólico estimaron que servirían tanto más eficazmente a sus contemporáneos cuanto más estrechamente unidos estuviesen entre sí en un mismo cuerpo religioso, apostólico, sacerdotal y unido al Sucesor de Pedro por un especial lazo de amor y servicio, expresivo de su total disponibilidad para la misión universal de la Iglesia.

16. A la luz de su ejemplo, nos sentimos invitados a vivir más resueltamente la dimensión propiamente apostólica de nuestra vida religiosa. Nuestra consagración a Dios, efectivamente, es repudio profético de los ídolos que el mundo está siempre tentado de adorar: dinero, placer, prestigio, poderío. Nuestra pobreza, nuestra castidad y nuestra obediencia deben testimoniarlo visiblemente, pese a lo imperfecto de toda anticipación del Reino que está por venir, ellas quieren proclamar la posibilidad evangélica, que es don de Dios, de una comunión entre los hombres basada sobre la participación y no sobre el acaparamiento, sobre la disponibilidad y la apertura y no sobre la busca de privilegios de castas, de clases o de razas, sobre el servicio y no sobre la dominación o la explotación. Los hombres y las mujeres de nuestro tiempo tienen necesidad de esta esperanza escatológica, y de signos de su realización ya anticipada.

17. En fin, las Cartas Apostólicas de Paulo III (1540) y de Julio III (1550) reconocen a la Compañía de Jesús como «fundada principalmente para emplearse toda en la defensa y dilatación de la santa fe católica, en ayudar a las almas en la vida y doctrina cristiana, predicando, leyendo públicamente y ejercitando los demás oficios de enseñar la palabra de Dios, dando los ejercicios espirituales, instruyendo a los niños y a los ignorantes en la doctrina cristiana, oyendo las confesiones de los fieles y ministrándoles los

⁴ Cfr. E.E. núm. 102 y 106 (contemplación de la Encarnación).

⁵ Cfr. E.E. 91-100 (contemplación del "Reino").

demás sacramentos para espiritual consolación de las almas. Y también es instituida para pacificar los desavenidos, para socorrer y servir con obras de caridad a los presos de las cárceles y a los enfermos de los hospitales, según que juzgáremos ser necesario para la gloria de Dios y para el bien universal⁶. Estas referencias a nuestros orígenes siguen siendo capitales para nosotros.

Hoy

18. Hoy día, la misión de la Compañía es un servicio presbiteral de la fe: tarea apostólica que pretende ayudar a los hombres a abrirse a Dios y a servir según todas las exigencias e interpe-laciones del Evangelio. Pues la existencia según el Evangelio es una vida purificada de todo egoísmo y de toda busca de la propia ventaja, así como de toda forma de explotación del prójimo. Es una vida en la que resplandece la perfecta justicia del Evangelio, que dispone no sólo a reconocer y respetar los derechos y la dignidad de todos, especialmente de los más pequeños y débiles sino, aún más, a promoverlos eficazmente y a abrirse a toda miseria, aun la del extraño o enemigo, hasta el perdón de las ofensas y la victoria sobre las enemistades por la reconciliación. Tal disposición del alma no se obtiene por las solas fuerzas del hombre; es un fruto del Espíritu. Él transforma los corazones y los llena de la misericordia y de la fuerza misma de Dios, que ha revelado su justicia obrando misericordia, cuando éramos aún pecadores, y llamándonos a su amistad⁷. En este sentido la promoción de la justicia aparece como parte integrante del servicio presbiteral de la fe.

19. En su alocución del 3 de diciembre de 1974, el Papa Pablo VI nos ha confirmado «como expresión moderna de nuestro voto de obediencia al soberano Pontífice» la misión de hacer frente a las múltiples formas del ateísmo contemporáneo, misión confiada a la Compañía con ocasión de la Congregación General XXXI. Allí hacía igualmente el elogio de los jesuitas insignes que estuvieron presentes, en el curso de los siglos, en las encrucijadas de las ideologías y en el corazón de los conflictos sociales, allí donde se encuentran cara a cara las más ardientes aspiracio-

⁶ Cfr. Form. Inst. de Julio III, núm. 1.

⁷ Cfr. Rom 5, 8-9.

nes de los hombres con el mensaje permanente del Evangelio⁸. Si queremos permanecer fieles tanto a la característica propia de nuestra vocación como a esta misión recibida del Soberano Pontífice, es preciso que «contemplemos» nuestro mundo de la manera que San Ignacio miraba el de su tiempo, a fin de ser captados de nuevo por la llamada de Cristo, que muere y resucita en medio de las miserias y aspiraciones de los hombres.

20. Millones de entre ellos, que tienen nombre y rostro, sufren pobreza y hambre, el desigual e injusto reparto de los bienes y recursos, las consecuencias de la discriminación social, racial y política. En todas partes la vida del hombre y su cualidad propia se ven cada día amenazadas. A pesar de las posibilidades abiertas por la técnica, se hace más claro que el hombre no está dispuesto a pagar el precio de una sociedad más justa y más humana⁹.

21. Y estos problemas- ¿quién no lo percibe, al menos confusamente? son personales y espirituales tanto como sociales y técnicos. Está en juego el sentido mismo del hombre, de su futuro y de su destino. No tiene hambre sólo de pan, sino también de la Palabra de Dios (Dt 8,3; Mt 4,4). Esta es la razón de que haya que anunciar el Evangelio con un vigor nuevo, y vuelva a poder ser comprendido. A primera vista, por otra parte, Dios puede parecer ausente de la vida pública y aun de la conciencia de los hombres: en todas partes, sin embargo, si sabemos estar alerta, percibiremos que esos mismos hombres tantean en busca de Jesucristo y esperan su Reino de amor, de justicia y de paz.

22. Los dos últimos Sínodos de los Obispos, con sus reflexiones sobre la *Justicia en el mundo y la Evangelización del mundo contemporáneo*, han robustecido nuestra convicción acerca de estas esperanzas y de esta convergencia. Ellos nos indican las

⁸ Cfr. Alocución de Su Santidad Pablo VI a los miembros de la Congregación General XXXII, 3 de diciembre de 1974.

⁹ Encontramos un eco evangélico y propiamente apostólico de las angustias e interrogaciones de nuestro tiempo en *Gaudium et Spes*, *Mater et Magistra*, *Pax in Terris*, *Populorum Progressio*, *Octogesima Adveniens*: a través de estos documentos del Magisterio eclesial, las necesidades de nuestro mundo nos alcanzan y nos interpelan tanto al nivel de nuestra vida como al nivel de nuestro servicio apostólico.

vías concretas del testimonio que debemos dar y de nuestra misión hoy.

23. Estos problemas y expectativas son verdaderamente nuestros. Porque nosotros mismos tenemos parte en la ceguera y en la injusticia que acabamos de describir, y tenemos necesidad de ser evangelizados, de encontrarnos con Cristo, que actúa hoy con la potencia de su Espíritu. Al mismo tiempo, es a este mundo al que somos enviados: sus necesidades y sus aspiraciones son una llamada lanzada en la dirección del Evangelio, cuyo anuncio es nuestra misión.

2. Nuevos desafíos

Nuevas necesidades y expectativas

24. Un primer hecho caracteriza al mundo a evangelizar hoy: por todas partes, en situaciones muy diversas, tenemos que anunciar a Jesucristo a hombres y mujeres que, a decir verdad, o no han oído nunca hablar de El o no le conocen sino imperfectamente

a) En las que antaño llamábamos «tierras de misión» muchos de nuestros compañeros se esforzaban en colaborar por su anuncio del Evangelio a la creación o al acrecentamiento de comunidades cristianas nuevas. Este trabajo de evangelización directa por el anuncio de Jesucristo sigue siendo muy esencial, porque nunca ha habido tantos hombres que de hecho no han escuchado todavía la palabra de Jesús Salvador; al mismo tiempo, el diálogo con los creyentes de otras religiones se convierte de día en día en un apostolado más importante para nosotros.

b) Por otra parte, en las regiones tradicionalmente cristianas, las obras y movimientos, las casas de retiro, las escuelas y colegios siguen asegurando un necesario servicio a la fe. ¡Cuántos son. sin embargo, los que no pueden ya ser alcanzados por el ministerio de la Palabra ejercitado en estas obras e instituciones! Los países llamados «cristianos» se han convertido ellos mismos en «tierras de misión».

25. Segundo rasgo característico que atañe a nuestro anuncio del Evangelio de Jesucristo: las posibilidades tecnológicas nuevas y los descubrimientos de las ciencias humanas. Relativizando, de manera frecuentemente radical, la visión del hombre y del mun-

do, a la que nos habíamos acostumbrado, estos descubrimientos han cambiado las perspectivas tradicionales. La mutación cultural y socioestructural no deja de tener repercusiones considerables sobre la vida personal de cada uno, al mismo tiempo que sobre la vida colectiva y sus implicaciones. Las escalas de valores tradicionales y los símbolos familiares se han desintegrado, poco a poco, con la eclosión de nuevas aspiraciones que tratan de articularse en proyectos, programas y realizaciones concretas.

26. La secularización toma formas diversas según los grupos, las clases, las edades, las regiones. Por todas partes, sin embargo, constituye para la evangelización un desafío nuevo, inédito.

a) Por una parte, aparece más claramente que ciertas falsas imágenes de Dios, que consagran y legitiman la permanencia de estructuras injustas, no son tolerables. Más profundamente: cierta clase de imágenes de Dios más ambiguas, puesto que quitan al hombre sus responsabilidades propias, no son aceptables. Esto, lo experimentamos nosotros mismos con nuestros contemporáneos, y nosotros lo padecemos quizá aún más que otros, precisamente porque queremos anunciar a Dios revelado en Jesucristo. Así, para nosotros tanto como para los otros, se hace necesario trabajar en la búsqueda de un nuevo lenguaje, unos nuevos símbolos, que nos permita encontrar mejor y ayudar a los otros a encontrar, más allá de los ídolos destruidos, al Dios verdadero: a Aquel que, en Jesucristo, ha escogido tomar parte en la aventura humana y ligarse irrevocablemente a su destino. La memoria viviente de Jesús nos llama a esta fidelidad creadora.

b) Además, ciertas estructuras de evangelización, percibidas como ligadas a un orden social repudiado, son de hecho puestas en cuestión. Al mismo tiempo, nuestras instituciones apostólicas participan frecuentemente, con muchas otras en la Iglesia, en lo que se puede llamar, en general, crisis de las instituciones y mediaciones. Esto también lo vivimos nosotros juntamente con nuestros contemporáneos, y de manera particularmente dolorosa. La calidad verdaderamente significativa de nuestros compromisos religiosos, sacerdotales y apostólicos, no es percibida en muchos casos por quienes nos rodean. Y, pese a la firmeza de nuestra fe y de nuestras convicciones, ocurre, a veces, que tampoco resulta clara a nuestros propios ojos. De aquí ciertas situaciones de

malestar; de aquí, quizá, ciertos silencios, ciertas retiradas. Sin embargo, diversos signos actuales de renovación religiosa deberían confirmar nuestros compromisos, invitándonos a abrir vías de evangelización nuevas.

27. Tercer rasgo característico, en fin, de importancia particularmente significativa para nuestra misión de evangelización: el hombre puede hoy día hacer el mundo más justo, pero no lo quiere de verdad. Su nuevo señorío sobre el mundo y sobre él mismo sirve frecuentemente más, de hecho, para la explotación de los individuos y las colectividades y los pueblos que para un reparto equitativo de los recursos del planeta; desencadena más rupturas y divisiones que comunión y comunicación; mas opresión y dominación que respeto de los derechos individuales y colectivos en una real fraternidad. Las desigualdades y las injusticias no pueden ya ser percibidas como el resultado de una cierta fatalidad natural: se las reconoce, más bien, como obra del hombre y de su egoísmo. No hay, pues, promoción propiamente cristiana de la justicia integral, sin un anuncio de Jesucristo y del misterio de la reconciliación que El lleva a consumación: es, en efecto, Cristo quien abre la vía para esta liberación total y definitiva a la que el hombre aspira desde lo más profundo de él mismo. Y, a la inversa, no hay verdadero anuncio de Cristo, ni verdadera proclamación de su Evangelio, sin un compromiso resuelto por la promoción de la justicia.

Lo que está en juego

28. De todas las regiones del mundo donde trabajan jesuitas han llegado demandas particularmente convergentes e insistentes que piden que, por una opción neta de la Congregación General, la Compañía se comprometa resueltamente al servicio de la promoción de la justicia. Efectivamente, esta opción viene hoy requerida por nuestra misión apostólica con una urgencia particular. En el corazón del mensaje cristiano está Dios revelándose en Cristo como Padre de todos los hombres, por el Espíritu que les llama a conversión: ésta implica de manera indivisible una actitud de hijo hacia El y una actitud de hermano hacia el prójimo. No hay conversión auténtica al amor de Dios sin una conversión al amor de los hombres y, por tanto, a las exigencias de la justicia. La fidelidad misma a la misión apostólica requiere, pues, que nosotros iniciemos al amor del Padre, y, por él, inseparablemente al amor

del prójimo y a la justicia. La evangelización es proclamación de la fe que actúa en el amor de los hombres (Gal 5,6; Efes 4,15): no puede realizarse verdaderamente sin promoción de la justicia.

29. Esta es condición de fecundidad respecto de todas nuestras tareas apostólicas, y especialmente de coherencia en el combate contra el ateísmo. En efecto, la injusticia actual, bajo sus diversas formas, negando la dignidad y los derechos del hombre imagen de Dios y hermano de Cristo¹⁰, constituye un ateísmo práctico, una negación de Dios. El culto del dinero, del progreso, del prestigio, del poder, tiene como fruto este pecado de injusticia institucionalizada, denunciado por el Sínodo de 1971 y conduce a la esclavitud -comprendida también la del opresor- y a la muerte.

30. Mientras que muchos buscan hoy arreglar el mundo sin Dios, y en ello trabajan de manera resuelta, nosotros debemos esforzarnos por manifestar que la esperanza cristiana no es un opio, sino que lanza, al contrario, a un compromiso firme y realista para hacer de nuestro mundo otro y, así, signo del otro mundo, prenda ya de «una tierra nueva bajo cielos nuevos» (Ap 21,1). El último Sínodo nos lo ha recordado con vigor: «El Evangelio que se nos ha confiado... es para el hombre y para toda la sociedad la Buena Nueva de salvación, que es preciso se inicie y manifieste desde el presente sobre la tierra, aunque no alcanzará su plenitud sino más allá de las fronteras de la vida presente¹¹». La promoción de la justicia es parte integrante de la evangelización.

31. Así seremos los testigos del Evangelio, que liga indisolublemente amor de Dios y servicio del hombre. Y en un mundo en el que se reconoce ahora la fuerza de las estructuras sociales, económicas y políticas, en el que se descubren también sus mecanismos y sus leyes, el servicio evangélico no puede dispensarse de una acción competente sobre estas estructuras.

¹⁰ Sobre la dignidad del hombre, como imagen de Dios y hermanos de Cristo, ver: Lumen Gentium, núm. 42; Gaudium et Spes, núm. 22, 24, 29, 38, 93; Mensaje del Concilio Vaticano II a todos los hombres, 20 de diciembre de 1962; las declaraciones de los Sínodos de los Obispos de 1971 y 1974; alocuciones de Su santidad Pablo VI.

¹¹ Declaración final del Sínodo de los Obispos de 1974, núm. 12 y la alocución de clausura de S.S. Pablo VI.

32. Al mismo tiempo, hoy como ayer no es suficiente -aunque sea necesario- trabajar en la promoción de la justicia y en la liberación del hombre sólo en el plano social o en el de las estructuras. La injusticia debe ser atacada por nosotros en su raíz, que está en el corazón del hombre: nos es, pues, preciso trabajar en la transformación de las actitudes y tendencias que engendran la injusticia y alimentan las estructuras de opresión.

33. Además, para alcanzar plenamente su fin, nuestro esfuerzo de promoción de la justicia debe ser conducido de tal manera que abra al deseo y al acogimiento de la liberación y de la salvación escatológicas. Los métodos a poner en obra, las acciones a emprender deben, por encima de todo, manifestar el espíritu de las bienaventuranzas y contribuir a la reconciliación entre los hombres. De esta manera, nuestro compromiso por la justicia será inseparablemente manifestación del Espíritu y de la fuerza de Dios. Responderá a las más profundas interpelaciones de los hombres: no solamente necesidad de pan y exigencia de libertad, sino también búsqueda de Dios mismo y de su amistad para vivir como hijos suyos.

Algunas condiciones necesarias

34. Las empresas a las que estos desafíos provocan sobrepasan con mucho nuestras posibilidades. Nos pondremos, sin embargo, al trabajo con todas nuestras fuerzas: por gracia de Dios, en efecto, una nueva conciencia apostólica parece afirmarse poco a poco en la Compañía entera. De todas partes nos ha llegado la expresión de deseos, y frecuentemente incluso, el testimonio de compromisos decididos para la renovación y la adaptación de los apostolados habituales y para el comienzo de tareas nuevas. Las orientaciones dadas aquí quieren, sobre todo, confirmar o precisar ciertas opciones, e incitar a resoluciones todavía más firmes.

35. *Nuestra inserción en el mundo.*- Muy frecuentemente nos encontramos aislados, sin contacto real con la increencia y con las consecuencias concretas y cotidianas de la injusticia y la opresión. Corremos el riesgo de no poder entender la interpelación evangélica, que nos es dirigida por los hombres y las mujeres de nuestro tiempo. Una inserción más resuelta entre ellos será un «test» decisivo de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestra caridad apostólica. ¿Estamos dispuestos, con discernimiento y

gracia, al sostenimiento de comunidades apostólicas vivientes, a ser testigos del Evangelio en situaciones difíciles, en que nuestra fe y nuestra esperanza serán expuestas a la prueba de la increencia y de la injusticia? ¿Estamos dispuestos, de otra parte, a consagrarnos a los estudios austeros y profundizados, que se requieren cada vez más para comprender y resolver los problemas contemporáneos: en teología, filosofía, en las ciencias del hombre? Tal inserción es necesaria, si queremos compartir nuestra fe y nuestra esperanza, anunciar así un Evangelio, que incide en las expectativas y las aspiraciones de nuestros contemporáneos.

36. Se han desarrollado ya formas nuevas de inserción apostólica, diversas según las regiones. Cualesquiera que sean, en todas partes requieren de nosotros una formación sólida, una fuerte cohesión comunitaria, una conciencia clara de nuestra identidad. En todas partes, también, deben pretender la inculturación, necesaria en todos los lugares, para la proclamación del Evangelio y para la recepción de Jesucristo -según la diversidad de naciones, grupos o clases y medios humanos diferentes.

37. *Nuestra colaboración con los otros.*- La inserción deseada será verdaderamente apostólica en la medida en que nos conduzca a una colaboración más estrecha con los otros miembros de las Iglesias locales, con los cristianos de otras confesiones, con los creyentes de otras religiones, con todos aquellos que tienen «hambre y sed de justicia» y quieren hacer de nuestro mundo una tierra de hombres, en la que la fraternidad abra al reconocimiento de Jesucristo y a la acogida de Dios, Nuestro Padre. El ecumenismo se convertirá entonces para nosotros en un espíritu y como una manera de ser, de pensar y actuar, además de ser un ministerio particular. Ampliado hasta las dimensiones mundiales, este ecumenismo es hoy necesario para una proclamación y una acogida del Evangelio, que tome en cuenta las diferencias culturales y el valor de las tradiciones espirituales y esperanzas de todos los grupos y de todos los pueblos.

38. *Un resurgimiento apostólico.*- Nos sentimos así remitidos a nuestra práctica de los Ejercicios Espirituales. Mediante ellos, podemos, a la vez, reavivar sin cesar nuestra fe y nuestra esperanza apostólica, renovando nuestra experiencia del amor de Dios en Jesús, y confirmar nuestra voluntad de ser *compañeros de Je-*

sús en su misión: como El, solidarios de los pobres, para colaborar en su Reino. En esta misma experiencia espiritual aprenderemos a conservar la distancia necesaria para revisar constantemente nuestros compromisos, asimilando poco a poco la pedagogía apostólica ignaciana, que debe caracterizar toda nuestra acción.

3. Opciones apostólicas para hoy

El hombre y las estructuras

39. Para la mayor gloria de Dios y para la salvación de los hombres, Ignacio quería que sus compañeros fueran allí donde se puede esperar un bien más universal, y allí donde se encuentran quienes, abandonados, se hallan, en una mayor necesidad. Pero, nos preguntamos a veces, ¿dónde se encuentra hoy la mayor necesidad? ¿Dónde se encuentra la esperanza de un bien más universal?

40. Las estructuras sociales -de día en día se adquiere de ello más viva conciencia- contribuyen a modelar al mundo y al mismo hombre, hasta en sus ideas y sus sentimientos, en lo más íntimo de sus deseos y aspiraciones. La transformación de las estructuras en busca de la liberación tanto espiritual como material del hombre queda, así, para nosotros estrechamente ligada con la obra de evangelización, aunque esto no nos dispensa nunca de trabajar directamente con las personas mismas, con quienes son las víctimas de las injusticias de las estructuras y con quienes sobre éstas tienen cualquiera responsabilidad o influencia.

41. En esta perspectiva se concilian la solicitud por el bien más universal y la voluntad de servir a las mayores necesidades, en vista del anuncio del Evangelio. Este anuncio será mejor entendido si va acompañado del testimonio de un compromiso efectivo por la promoción de la justicia y por la anticipación del Reino, que está por venir.

El compromiso social

42. De otra parte, el empeño por la promoción de la justicia y por la solidaridad con los sin voz y los sin poder, exigido por nuestra fe en Jesucristo y por nuestra misión de anunciar el Evangelio, nos llevará a informarnos cuidadosamente de los difíciles problemas de su vida, y después a reconocer y asumir las responsabilidades específicamente nuestras en el orden social.

43. Las comunidades jesuitas tienen que ayudar a cada uno de sus miembros a vencer las resistencias temores y apatías que impiden comprender verdaderamente los problemas sociales, económicos y políticos que se plantean en la ciudad, en la región o país, como también a nivel internacional. La toma de conciencia de estos problemas ayudará a ver cómo anunciar mejor el Evangelio y participar, de manera específica y sin buscar suplantar otras competencias, en los esfuerzos requeridos para una promoción real de la justicia.

44. En ningún caso podemos dispensarnos de un análisis lo más riguroso posible de la situación desde el punto de vista social y político. A ese análisis es preciso aplicar las ciencias tanto sagradas como profanas y las diversas disciplinas especulativas o prácticas y todo esto requiere estudios profundos y especializados. Nada puede dispensarnos, tampoco, de un discernimiento serio desde el punto de vista pastoral y apostólico. De aquí han de brotar compromisos que la experiencia misma nos enseñará cómo llevar más adelante.

45. El Superior local y, aún frecuentemente comunidad tiene que sufrir a causa de compromisos emprendidos al término de un discernimiento, en el que ella ha participado -al menos por mediación del Superior-, estará mejor preparada para ello, sostenida por la palabra del Señor: "Dichosos los que sufren persecución por la justicia" (Mt 5,10).

46. No trabajaremos, en efecto, en la promoción de la justicia sin que paguemos un precio. Pero este trabajo hará más significativo nuestro anuncio del Evangelio y más fácil su acogida.

La solidaridad con los pobres

47. Esta opción nos llevará también a revisar nuestras solidaridades y nuestras preferencias apostólicas. En efecto, la promoción de la justicia no constituye tan sólo, para nosotros, un campo apostólico entre otros, el del apostolado social: debe ser una preocupación de toda nuestra vida y constituir una dimensión de todas nuestras tareas apostólicas.

48. De la misma manera, la solidaridad con los hombres que llevan una vida difícil y son colectivamente oprimidos no puede ser asunto solamente de algunos jesuitas: debe caracterizar la vida de

todos, tanto en el plano personal como en el comunitario e incluso institucional. Se harán necesarias conversiones en nuestras formas y estilos de vida, a fin de que la pobreza, que hemos prometido, nos identifique al Cristo pobre que se identificó él mismo con los más desposeídos¹². Tendremos que revisar parecidamente también nuestras inserciones institucionales y nuestras empresas apostólicas.

49. Nuestros orígenes frecuentemente, después nuestros estudios y nuestras afinidades nos protegen de la pobreza e incluso de la vida simple y de sus preocupaciones cotidianas. Tenemos acceso a ciertos saberes y poderes que la mayor parte no tiene. Será, pues, preciso que un mayor número de los nuestros participen más cercanamente en la suerte de las familias de ingresos modestos: de aquellos que, en todos los países, constituyen la mayoría frecuentemente pobre y oprimida. Se hace preciso, gracias a la solidaridad que nos vincula a todos y al intercambio fraternal, que todos seamos sensibles por medio de aquellos de los nuestros implicados más de cerca, a las dificultades y a las aspiraciones de los más desposeídos. Aprenderemos así a hacer nuestras sus preocupaciones, sus temores y sus esperanzas. Sólo a este precio nuestra solidaridad podrá poco a poco hacerse real.

50. Caminando paciente y humildemente con los pobres aprenderemos en qué podemos ayudarles, después de haber aceptado primero recibir de ellos. Sin este paciente hacer camino con ellos, la acción por los pobres y los oprimidos estaría en contradicción con nuestras intenciones y les impediría hacerse escuchar en sus aspiraciones y darse ellos a sí mismos los instrumentos para tomar efectivamente a su cargo su destino personal y colectivo. Mediante un servicio humilde tendremos la oportunidad de llevarles a descubrir, en el corazón de sus dificultades y de sus luchas, a Jesucristo viviente y operante por la potencia de su Espíritu. Podremos así hablarles de Dios Nuestro Padre, que se reconcilia la Humanidad, estableciéndola en la comunión de una fraternidad verdadera.

¹² Cfr. E. E. núms. 90, 147, 167; y Mt 25, 35-45. Ver también las decisiones de la presente Congregación General sobre la pobreza.

El servicio de la fe

51. Nuestra vida, la inteligencia teológica que tenemos de ella y la relación personal a Cristo que debe encontrarse en el corazón de nuestro pensamiento y de nuestra acción: todo ello no constituye tres «campos» distintos, a los que corresponderían tres «sectores apostólicos». La promoción de la justicia, la presentación de nuestra fe y la marcha hacia el encuentro personal con Cristo constituyen por el contrario, dimensiones constantes de todo nuestro apostolado.

52. No podemos, pues, contentarnos sólo con la revisión de nuestro compromiso por la justicia; debemos igualmente examinar nuestra aptitud para comunicar la verdad, que da sentido a este compromiso, y ayudar a los hombres, según el Evangelio, a encontrar a Cristo en el corazón de su vida. Nos es preciso también reevaluar de manera crítica los esfuerzos que hacemos, sea para confirmar en su fe a los cristianos que se encuentran con dificultades que la afectan, sea para encontrarnos verdaderamente con los no-creyentes.

Evangelización e inculturación

53. En el curso de los últimos años, la Iglesia ha querido expresar más plenamente su catolicidad, prestando mayor atención a la diversidad de sus miembros. Más que ayer busca hoy asumir la identidad de grupos y naciones y sus aspiraciones tanto a un desarrollo socio-económico como a una inteligencia del misterio cristiano, que estén de acuerdo con su historia y sus tradiciones propias.

54. La «encarnación» del Evangelio en la vida de la Iglesia exige que Cristo sea anunciado y recibido de maneras diferentes según la diversidad de los países o de los ambientes humanos, teniendo en cuenta las riquezas que les son propias. Además, en diversas comunidades cristianas, especialmente en Asia y África, esta «economía de la encarnación» requiere un diálogo más intenso con los herederos de las grandes tradiciones religiosas no cristianas. Los jesuitas que trabajan en estos países deben tomarlo en cuenta. En ciertos países de Occidente que no parecen poder seguir llevando el nombre de cristianos, el lenguaje de la teología y de la oración debe ser renovado con nuevas formas. Finalmente, en los países donde reinan ideologías abiertamente ateas, la predicación rejuvenecida del Evangelio reviste particular importancia.

En todas partes, el anuncio de la Buena Nueva exige, para ser efectivamente acogido, no sólo que nuestras vidas testimonien la justicia a la que Cristo nos llama, sino también que las estructuras de la reflexión teológica, de la catequesis, de la liturgia y de la acción pastoral sean adaptadas a las necesidades que una experiencia real del medio vaya haciendo percibir.

55. La Compañía de Jesús, por su vocación universal y su tradición misionera, tiene responsabilidades específicas a este respecto. El trabajo de cada uno debe ser orientado hacia la encarnación de la fe y de la vida eclesial en la diversidad de las tradiciones y culturas propias de los grupos y de las colectividades, a los que queremos servir, al mismo tiempo que hacia la comunión de todos los cristianos en la unidad de una misma fe.

56. Por otra parte, la Iglesia sabe hoy que el problema de la «inculturación» no se presenta solamente en relación a los valores culturales propios de cada nación, sino también en relación a los valores nuevos y universales que resultan de una comunicación más profunda y continua entre las naciones: la Compañía de Jesús debe aportar su servicio a la Iglesia en esta tarea de «aggiornamento» o inculturación del Evangelio en estos valores nuevos de dimensión universal.

Los Ejercicios Espirituales

57. El ministerio de los Ejercicios Espirituales se evidencia en todo esto de particular importancia. Es un rasgo característico de la pedagogía de los Ejercicios tratar de quitar los obstáculos entre Dios y el hombre, para dejar al Espíritu operar él mismo el encuentro. El método ignaciano invita a respetar a cada uno, con su cultura, sus cualidades propias, las tradiciones que le han ayudado a llegar a ser lo que es. Como pedagogía de búsqueda y de discernimiento enseña también a descubrir la voluntad y los caminos de Dios allí donde El interpela a cada uno, con su pasado, en el corazón mismo de la vida, en el pueblo que es el suyo.

58. Los Ejercicios Espirituales ayudarán también a formar cristianos alimentados por una experiencia personal de Dios y capaces de distanciarse de los falsos absolutos de las ideologías y sistemas, pero capaces también de tomar parte en las reformas estructurales, sociales y culturales necesarias. Los Ejercicios constituyen, pues, para nosotros, un instrumento de gran valor y conservan

su actualidad. Los estudios que tienden a redescubrir su dinamismo en función de nuestro tiempo deben ser estimulados, lo mismo que las experiencias para adaptarlos a las nuevas necesidades. Su espíritu, por otra parte, debe penetrar todas las otras formas del ministerio de la Palabra a las que se dedican los jesuitas.

Orientaciones para una mejor concertación de esfuerzos

59. Presentando así nuestra actividad apostólica en todas sus dimensiones, la Congregación General, según las orientaciones dadas ya por el P. General en un discursos a los miembros de la Congregación de Procuradores en 1970, quiere señalar de nuevo la importancia particular de la reflexión teológica, de la acción social, de la educación y de los medios de comunicación social, como instrumentos de nuestro anuncio del Evangelio hoy. La importancia de todos estos medios consiste en que permiten un servicio más universal del hombre, porque llegan a sus necesidades más profundas.

60. Concretamente esto nos llevará:

- A dar más amplitud a la investigación y a la reflexión teológica realizadas de manera interdisciplinar e integradas en las diversas culturas y tradiciones, para esclarecer los grandes problemas a los que la Iglesia y la Humanidad deben hoy hacer frente.

- A desarrollar las actividades de «concientización» evangélica de los agentes de la transformación social y a privilegiar el servicio de los pobres y oprimidos.

- A proseguir e intensificar la obra de formación, revisándola sin cesar en todo el sector de la educación: es preciso preparar a jóvenes y adultos para empeñarse en una existencia y una acción en favor de los otros y con los otros, de cara a la edificación de un mundo más justo; es preciso también muy particularmente, dar a los alumnos cristianos una formación tal que, animados por una fe madura y personalmente adheridos a Jesucristo, sepan encontrarle a El en los otros y, habiéndole reconocido en ellos le sirvan en su prójimo; contribuiremos así a la formación de multiplicadores para el proceso mismo de educación del mundo.

- A examinarnos sobre nuestra aptitud para comunicar lo que llevamos en el corazón no solamente a personas a las que podemos contactar directamente, sino también a todos aquéllos a los

que nunca podremos ayudar sino en la medida en que consigamos cambiar, para hacerlo más humano, el clima social -ideas y comportamientos- allí donde trabajamos. Los medios de comunicación social tienen una importancia capital en esta perspectiva.

61. No debemos entender estas diversas orientaciones como independientes entre sí: son más bien aspectos complementarios de un único esfuerzo apostólico, convergiendo todos ellos hacia la promoción integral del hombre.

5. Disposiciones prácticas

70. Estas opciones y orientaciones generales comportan exigencias concretas, que queremos todavía precisar aquí respecto a algunos puntos.

Un programa de «concientización» y de discernimiento apostólico

71. Teniendo en cuenta la diversidad de situaciones en que trabajan los jesuitas, la Congregación General no podría elaborar esos programas de reflexión y de ejecución requeridos en cada región para las opciones y orientaciones aquí presentadas. La Congregación General pide a todas las Provincias o núcleos regionales de la Compañía que emprendan un proceso de reflexión y de revisión apostólica para descubrir las vías de acción apropiadas.

72. No se trata de una simple encuesta, sino más bien de un proceso de reflexión y de examen inspirado en la tradición ignaciana del discernimiento espiritual. La oración y el esfuerzo de "indiferencia" y de disponibilidad apostólica deberán desplegar toda la fuerza que les corresponde.

73. Las grandes líneas de este proceso de «concientización» y de discernimiento están sumariamente descritas en *Octogesima Adveniens* (núm. 4): experiencia, reflexión, opciones, acción; todo ello, en una constante interrelación, según el ideal del «*contemplativo en la acción*». Se trata de una transformación de los habituales esquemas de pensamiento y de una conversión de los espíritus y de los corazones. De ahí brotarán las decisiones apostólicas.

74. Este discernimiento conducirá, entre otras cosas, a identificar y analizar los problemas de una evangelización que tiene en cuenta simultáneamente las exigencias de la «*diakonia fidei*» y de

la promoción de la justicia y a reevaluar nuestras solidaridades y nuestros compromisos apostólicos. ¿Dónde vivimos?, ¿dónde trabajamos?, ¿cómo?, ¿con quiénes? ¿Cuáles son eventualmente nuestras connivencias, dependencias o compromisos respecto a las ideologías y a los poderes?, ¿sabemos hablar de Jesucristo a hombres aún no convertidos?, etcétera. Todo esto, a la vez en el plano personal, comunitario e institucional.

Para una evaluación constante de nuestras actividades apostólicas

75. En la selección de actividades apostólicas y en el establecimiento de todo tipo de prioridades o de programas, la Congregación General pide se tengan en cuenta las orientaciones dadas en lo que precede.

76. En la revisión de los ministerios y la orientación de los efectivos y de los recursos se prestará particular atención al papel que pueden jugar, para el servicio de la fe y de la justicia, los centros de enseñanza, las revistas, las parroquias, las casas de retiro y otras obras apostólicas cuya responsabilidad asumimos. Pero no es sólo la actividad organizada la que debe ser revisada a esta luz: los ministerios apostólicos de cada uno también deben serlo.

77. En cada Provincia o región, o en la Asistencia, debe existir un mecanismo preciso de evaluación y de revisión de los ministerios (cfr. C.G. XXXI, decr. 22). Es necesario examinar la eficacia de esos mecanismos ya existentes y, si es preciso, reemplazarlos por otros mejor adaptados, que aseguren una participación más amplia en un discernimiento común. El Superior Mayor responsable debe remitir cada año al P. General la relación del trabajo realizado.

Algunos casos particulares.

78. La Congregación General reconoce la importancia de ciertas presencias y colaboraciones en diversos sectores de la actividad humana, especialmente en las regiones más secularizadas. Reconoce igualmente las posibilidades apostólicas reales, que ofrece en ciertos casos la práctica que una profesión u oficio que no conciernen directamente al ministerio presbiteral en sentido estricto (cfr. CG XXXI, decr. 23, núm. 12).

79. Ella considera que tales compromisos pueden constituir objeto de una misión en la Compañía, cuando responden a las siguientes condiciones: envío por el Superior; un fin manifiestamente

te apostólico; preferencia al trabajo en medios descristianizados o desfavorecidos; la actividad compatible con las exigencias de nuestra misión y con la naturaleza sacerdotal del servicio que presta el Cuerpo de la Compañía, así como con las exigencias esenciales de nuestra vida religiosa: oración y vida interior, vínculo con un Superior y una comunidad de jesuitas, pobreza y disponibilidad.

80. Una voluntad realista de promoción de la justicia no es, por otra parte, realizable sin ciertos compromisos en el plano social y colectivo. Respecto al caso de compromisos de carácter excepcional se seguirá la práctica común de la Iglesia (cfr. Sínodo de Obispos de 1971) y las normas dadas por el P. General (AR XV, 942). Si, en ciertas regiones, parece oportuno fijar criterios, normas y directivas, concierne a los Provinciales, en la medida de lo posible en conferencias regionales, proveer a ello, y una vez aprobadas estas normas por el P. General, pertenece al Provincial, después de consulta y con el acuerdo, según los casos, del Obispo del lugar o de la Conferencia Episcopal, el otorgar o negar la autorización requerida.

Cooperación internacional

81. Finalmente, vista la dimensión internacional de los problemas mayores de nuestro tiempo, una real disponibilidad y movilidad será necesaria para acrecentar la cooperación y la conjunción a nivel de toda la Compañía. Los jesuitas, en particular los de los países ricos, deben, en la medida de lo posible, colaborar con quienes forman la opinión pública y con las organizaciones internacionales, a fin de promover la justicia en las relaciones entre los pueblos. La Congregación General pide además al P. General que encargue a uno de sus Consejeros de asegurar esta cooperación y concertación mundial al servicio de la evangelización y de la promoción de la justicia.

METODOLOGÍA

A. Otros textos de referencia

Si deseas ampliar tu conocimiento sobre la temática, los siguientes artículos podrían ayudarte.

- I. Ellacuría, "Fe y justicia" en *Escritos Teológicos III*, San Salvador, UCA Editores, 2002, pp. 307-373.
- Juan Hernández Pico, "Fe y justicia, ¡la opción fundamental de la Compañía de Jesús hoy!", *Diakonia*, XXXII, julio-septiembre (2008) 7-60.
- Jesús Sariego, "Arrupe y Centroamérica: historia de una pasión" en Gianni La Bella (ed.), *Pedro Arrupe. General de la Compañía de Jesús*, Bilbao, Santander, 2007, pp. 427-462.
- J. Sobrino, "Servicio de la fe y promoción de la justicia", en *Resurrección de la verdadera Iglesia*, San Salvador, UCA Editores, 1986, pp. 74-92.
- J. Sobrino, "El Padre Arrupe. Recuerdos y reflexiones sobre 'fe y justicia'", *Revista Latinoamericana de Teología* 72 (2007) 227-253.

B. Pautas para la reflexión personal

- Lee Mateo 5, 6
 - + ¿Qué te sugiere esa bienaventuranza?
 - + ¿En qué momentos y ante qué situaciones concretas has sentido ese deseo de justicia?
- Relee el Decreto
 - + ¿Qué es para ti "justicia"?
 - + ¿Qué se entiende por justicia en el Decreto?
 - + ¿Por qué son inseparables "fe y justicia"? ¿Cómo se remiten y/o se relacionan?
- Termina tu reflexión trayendo a tu mente situaciones que requieran justicia y pídele a Dios te haga sensible ante ellas.

C. Guía para el diálogo en grupo

- Constatar que todos han leído el Decreto y han realizado la reflexión personal.

- Compartir cada uno las tres ideas que considera más importantes de todo lo leído y reflexionado.
- ¿Cuál sería el aporte o los aportes, del pasado inmediato y del presente, que la obra en la que colaboran ha realizado o está realizando a favor de la fe y de la justicia?
- Tomando en cuenta las situaciones de idolatría y de injusticia en el país por un lado, y lo propio del quehacer de la obra en la que colaboramos ¿Qué otros aportes se podrían brindar en la línea de “fe y justicia”?
- Terminar el diálogo con una oración comunitaria listando situaciones concretas de injusticia ante la cual se repita “Danos hambre y sed de justicia”.